ENGAÑOS INOCENTES O LA DECISION

Este viaje va a tener muchas paradas. Es curioso: en un viaje se nombra lo que menos se realiza: viajar. Debía emprender a toda costa ese viaje para dejar la dependencia del polígono. Como he dicho, transcurrió en un instante infinitesimal. Lo más fascinante es que podía volver en cualquier momento, era inevitable.

En el primer vértice del polígono; en la primera cara del poliedro y en sus millones de reflejos y sombras estaban las respuestas que mi viaje requería. Sabía que era pura ilusión, pero seguí luchando. He de decir que no he cesado; no tengo ninguna idea de abandonar ahora, aunque todavía no he empezado el viaje.

EN LA JOYERIA

- Necesito la mejor sortija con diamante que exista en el mercado.

- ¿Es para pedir la mano?

- Efectivamente, aunque yo le voy a pedir el cuerpo entero...

Inocencia. La sonrisa del tendero delataba inocencia. Parecía calvo pero aún tenía patillas; eso sí, llenas de canas. Su camisa de cuello discreto de rayas hacía juego con esa nariz redonda y colorada; seguro era el ser más bonachón de la tierra. No tenía piernas, o las tendría tras el mostrador, lleno de alhajas y terciopelo.

- Tengo unas diademas de oferta...

- No. Tiene que ser un anillo. Es decir un objeto cilíndrico, circular en apariencia, metálico, con una gema fuertemente adosada.

- Son muy caros los anillos con diamantes...

- ¿Cuánto cuesta el mejor?

- Se va a asustar...

- Correré el riesgo.

- Para que no se asuste tanto, tanto, voy a anotar el precio de coste y los descuentos y los impuestos desglosados en LA GRAN LIBRETA DE TAPA VERDE MANCHADO, ¿le parece?

Asentí gustoso; le enseñé mi GRAN LIBRETA DE TAPA AZUL ELECTRICO Y CON ESPIRAL DE ALAMBRE IMPERFECTO y quedó impresionado, como les pasa a todos. Recorrió los seis metros que le separaban de su cuaderno, y extrajo de su bolsillo corto, un lapicero de tendero y apuntó varias cifras en su casillero de papel.

Me lo mostró. Esperaba que mi gesto fuese desorbitado, mas no fue así. Cuán grande fue su sorpresa al saber que yo no comprendía grafías tales.

- Yo no entiendo de números.

- Le enseñaré -me contestó con firmeza.

- No puedo perder mucho tiempo, verá, no soy muy listo...

Me llamó modesto. Me invitó a un vaso de naranjada en la trastienda y me hice amigo suyo. Primero le conté que estaba abrumado por tanto lujo y sistemas de alarma, pero que poco a poco iba cogiendo confianza. Tras unas sedosas cortinas bermellón con mucha luz eléctrica reflejada, le hablé del viaje.

EN LA TRASTIENDA

El lugar era una opulenta habitación barroca. Yo no veía vértices ni esquinas en las paredes. No adivinaba de dónde venía tanta luz, producía desasosiego. Era uno de esos sitios parejos a las FOTOGRAFIAS DISPARES, esos lugares que uno contempla absorto ciclos y ciclos de tiempo, y nunca va a ser protagonista, pero allí estaba yo, en una trastienda. Rodeado de pinturas, dorados, candelabros, espadas, campanillas, alfombras, aparatos de luz con gemas colgantes, butacas de oro... uno se sienta y todo es delicado, si lo toca, se vuelve impuro; se puede romper. Sin embargo, el joyero parecía muy acostumbrado a ese ambiente y con sus movimientos precisos y su silencio, invitaba a mil preguntas para acercarse a aquella realidad. Chasqueó los dedos con garbo y apareció la figura de un SIRVIENTE PROFESIONAL DE RAZA AZUL:

- Señor, ¿desea una naranjada natural o artificial?

He de confesar que hasta la fecha no vi ninguna persona de RAZA AZUL; pero daba la impresión de que tenía el aspecto que supuse tras leer en los magazines. Me habían dicho que casi todos los seres azules eran sirvientes profesionales o mayordomos de chaleco multicolor. El hombre ya era calvo y su piel era como la de un cetáceo azul. No me dio la impresión de que era muy listo porque la naranjada, en el momento de que es naranjada, es algo artificial y no es posible construir una disyuntiva entre los bebedizos creados por unos polvos más agua y por zumo de naranjas frescas que artificialmente exprime el hombre. En el puño llevaba unos gemelos de oro con dos letras grabadas que muy pronto reconocí: "F.E", fe y esperanza en la manera que expresa la constancia de los seres vivos, ese amor al amor, amor al trabajo, amor a conocer cosas: vivenciar. Pero de pronto, recordé la naranjada y la contestación al mayordomo.

- La verdad es que me da igual. Lo que tenga más a mano... -le contesté sin asomarme a esos ojos amarillentos y penetrantes que sin duda me habrían hipnotizado.

El joyero me miró ciertamente especulador, si he de tener en cuenta lo que suspiraba, lo que veía, lo que respiraba... Me habló de todo y agotó mis preguntas con una sabiduría que me inundaba. A partir de aquel momento no pude más que sonreír. Me gustaba el joyero bonachón y pensé en regalarle algo que llevaba en la mochila de mi viaje, pero tras sus ojos descubrí la opulencia de un cruel destino, la clase social a la que pertenecía hacía que mi alejamiento fuera evidente.

- Haga el favor de disculparme... -sin embargo, me atenazaba a la silla un cúmulo de seguridad y curiosidad, porque si estuve enamorado en seis séptimos del todo tiempo de mi existencia, me juré fidelidad a realizar un viaje de olvido y soledad, en el que sanar del amor que me enfermó. Por tanto, debía olvidarme de todo y necesitaba que las flores de mi interior crecieran y afloraran mil deseos que me dieran imagen del camino más bello, la vía descrita en el magazín de la peluquería de la esquina. Regresó el joyero junto con el sirviente azul. Asemejaban haber ensayado la coreografía de entrada en la habitación barroca: sonreían a la vez, daban los pasos oportunos en complementariedad mecánica, miraban a la vez, respiraban a la vez, paseaban a la vez, incluso parpadeaban a la vez. El mayordomo me tendió el bebedizo más delicioso que jamás probé. Lo bebí de un sorbo y casi iba a decir que quería más, no obstante, me pareció descortés.

Los dos se separaron en perfecta sincronización. El joyero se postró delante mía con una fina y larga vara. El mayordomo, en inquebrantable seriedad conectó un proyector que formaba maravillosas imágenes en el espejo dorado. Contar.

- Los números son entidades formales que permiten perseguir los universos. Ya decía el filósofo: "aprende a contar y estarás más cerca de Dios" -el mayordomo manipulaba el proyector marrón sobre la mesa de cristal con movimientos fatigosos que le hacían sudar, mientras, el joyero hablaba fresco y solemne; pensé que disfrutaba hablando.

Dos formas de colores suaves resaltaban brillantes en la superficie más satinada; el joyero las señalaba con su vara y así habló de álgebra, de intersecciones, de conjuntos, de la unión. Luego pintó números, matrices, diagramas cartesianos, potencias, números naturales, números enteros, números irracionales, quebrados.

Enseñaba con la punta de su barita lo que el mayordomo proyectaba.

La clase duró mucho tiempo: horas, días, noches... no sé. Por lo menos dejé de pensar en ella y me sentí curado. El sirviente estaba ojeroso, de aspecto cansino y respiración entrecortada. Sus ojos eran paralelos al suelo y mostró la columna adolorida y centelleante. Musitó una despedida, reverencia incluida; tomando la manilla dorada de la puerta de dos hojas lacada en marfil, se alejó compungido y sollozando de cansancio. Me planteé que el representante de la RAZA AZUL dejara de existir de un momento a otro.

El joyero se sentó en un sillón de tapiz y encendió un cigarro saboreando la soledad instantánea. Con voz profunda y expresión sosegada me hablaba de sus costumbres:

- Nos falta hablar de geometría. El sirviente habrá dejado de existir... ¿Te sorprende eso?

- Un poco. Pero ese cambio de tema tan brusco...

- ¿Cuál?

- Estaba hablando de geometría y luego las palabras eran del sirviente. Si se da cuenta, siempre hace lo mismo... Habla de algo para terminar centrándose en lo que posee, en su sirviente, en su... su poder.

- Muy sagaz, las miradas hablan. Pero es la única manera de enseñar números.

- ¿Hablando de uno mismo?

El joyero miró de soslayo mi libreta y empezó a hablar de geometría. Me dijo que las imágenes no hacían falta porque si se habla de espacio, se desenvuelve un tiempo, se vive en coordenadas espaciales y porque estábamos en un

polígono. De pronto, escuché unas voces femeninas que venían de la tienda. Al oír voces de mujer, retornó mi frustración amorosa y sentí que mi realidad se estrechaba cuando supe que el joyero se percató. Sabiamente me dejó solo unos momentos, ese maldito instante en que volvió hacia mí y me encontró:

- ¡Ah! Estás aquí...

Yo temblé entero porque la mujer más bonita entró en la sala, con su vestido arrugado negro, de seda, fruncido y escotado. Sus movimientos eran perfectos, pasos pequeños de piernas pequeñas. Sus cabellos oscuros y sus ojos siempre planteando las mismas miles de preguntas, asaltaron mi ser, hicieron que mi corazón se acelerara como redoblando. Se acercó a mí, levanté la vista y la vi sonreír, pero deprisa la bajé. No cabra duda: era ella... Era menuda; era mi todo. Olía bien. De otra manera no podría ser. Temblaba porque me besó la mejilla. Temblaba porque me buscó. Temblaba porque esperaban mis errores que vendrían a decir que no los deseaba y menos esa remota niñez que viví y esa lejana y dura infancia que me hicieron vivir. Odiaba mi infancia porque no hacía más que oscurecer mis deseos, que nunca fueron más claros que de niño: ¿por qué nos enseñan a ocultar lo que sentimos? ¿dónde encontraré la manera bella de compaginar mi amor y mis deseos a satisfacer, la sed voluptuosa?

Retomé mil horizontes y le hablaba acariciando sus ideas. Supe que no hablaba de mis deseos sino de los de ella. Tampoco hablaba de los deseos que imaginaba que ella poseía, jamás supe sus deseos. Tomé conciencia de mi inferioridad y reclamaba mi inferioridad. Arrebatándome orgullo a esa parte desconocida de uno mismo, reclamé mi independencia y me apresuré a proseguir mi viaje.

- ¡Eh! Te veo tristón... ¿Qué ocurre?

- Nada. Cosas mías...

- Soy una egoísta que sólo habla de sí misma... -sonrió y me rodeó el cuello con su brazo. - ¿Qué haces tú en la joyería de mi padre...?

Mil campanas sonaron a la vez en mi cabeza. Hubiera deseado la GOMA DE BORRAR FILOSOFAL, aquella que puede borrar tu existencia. No sabía qué cosa contestar ya que sólo fui al polígono para comprarle una sortija y declararme. Sin embargo, otra mujer que llegó me salvó de mi temida contestación sincera. Era mucho más alta que el objeto de mis amores. Mucho más evidente, más delgada, de hombros más anchos, de talle más femenino, de pelo blanco corto francés, de grandes formas, de pecho abundante, pero con los ojos más pequeños. Me sonrió pero le miró a ella y vi de cerca su piel blanca y sus piernas descubiertas; iba vestida con una camiseta negra de algodón anudada

a su estrecha cintura. Las dos hablaban cambiando sus posturas. Era la típica mujer con la que todos los hombres desean hacer el amor por lo menos una vez, la pena es que yo no soy ese tipo de hombre con el que todas las mujeres desean hacer el amor por lo menos una vez.

Siguieron hablando y lanzando sueños. Me sentí lejos, muy lejos. Las miraba a distancia. Las vi pequeñas, minúsculas en una selva tupida de la alfombra del salón barroco. Me daban la espalda fieramente, y la morena me habló cercana al oído. Sentir su aliento volvió a ser mi universo: aquella mujer respiraba belleza, escupía sabiduría; y la escultural albina resplandecía juventud, voluptuosidad.

- Voy a una fiesta con mi amiga que da el príncipe en el yate de su familia anclado en las aguas serenas: sin peligro de mantas rigurosas... Luego nos llevará la carroza de los importantes. Vamos a elegir pendientes y joyas para relucir en la fiesta y atraer a gente de sangre azul. En cinco minutos vendremos a despedirnos...

Sonreí desconsolado cuando las mujeres se encaminaron a la puerta de doble hoja. ¡Una fiesta y no estoy invitado! La exclusión social ataca de nuevo. Las dos habían eliminado cualquier tipo de existencia nueva en la que yo tomara parte.

Ahora sí que estaba solo. Compañía de las frustraciones, de la propia falta entre lo barroco. No estaba obsesionado, sólo dudaba un poco. Mi imagen en el espejo vacilaba en medio de muchos gritos de fuera. Al girar la cabeza, me dolió un poco el cuello ya que apenas había variado mi posición en la mesa transparente desde que llegué a la trastienda de la joyería. Eran voces de horror y me levanté asustado. Cuando llegué al marco de la puerta sobrevino una imagen fuerte de un charco de líquido azul que no sabía a qué cosa olía. Vi a varias mujeres que lloraban desconsoladas, había mujeres azules con el rostro lleno de lágrimas que desfiguraban su rostro de cetáceo. Sentí miedo porque comprendí la decepción general. Era la RAZA AZUL entera la que estaba descomponiendo su presente del azar. Se desvanecían entre la fiesta del horror. Los rostros indiferentes del joyero y su hija me provocaron la rabia. Sabía que su destino podría ser el desvanecimiento porque estaba más informado de la suerte de las razas menos humanas que de la división en clases sociales. Las chicas se colocaron sortijas, pendientes y collares y tres o cuatro azules imploraban un poco más de tiempo, de vida. Sin embargo los no azules les desoían con un desinterés fascinante. Los seres azules se estaban desintegrando unos metros más allá y nadie hacía nada por ellos. Algo empezó a cambiar en mí.

A pesar de que punzantes sollozos y dolor humano me cortó la respiración fingí que el montaje no me afectaba. El charco azul se agrandaba a cada instante y

sobre él distinguí flotar los gemelos dorados en forma de polígono del sirviente azul en el que se leían las iniciales "F.E.".

El joyero me miró, entendió e hizo señas para que me acercara. Me aproximé intentando inventar una excusa para irme y olvidarme de esa horrenda eliminación de la gente de RAZA AZUL. El mostrador refulgía en mil destellos de las joyas expuestas de precioso metal y el terciopelo dorado o de color carmín. El hombre ya había despachado a su hija y a su amiga. Me sonrió, me tendió un paquetito pequeñito y me dijo:

- Toma el diamante y vete. Voy a cerrar, es tarde. Dame tu libreta, te anotaré el precio que has de pagar... -escribió con un lapicero azul la cifra de siete millones de rigors (unos setenta millones de espors y setecientos millones de estanes), que al revés pude leer. Mi vista se fijó en la cuadrícula marmórea blanca de las baldosas del suelo. El líquido viscoso azul semitransparente se extendía por la tienda de alta seguridad, formando polígonos de cuatro lados por los canales del espacio que se creaba entre las baldosas.

- ¿No es excesivo?

- ¿El qué?

- El precio...

El joyero se transformó en lobo rabioso, pero un lobo azul.

- No creas... -el lobo me intentaba amenazar con sus enormes garras. Pensé en huir, pero yo era lento, y me pillaría y me devoraría. Giré la vista y vi la procedencia del silencio: la última mujer azul se disolvía como se consume la última vela. Me sentí acorralado. - O me pagas o mueres... -si se pudiera decir que el lobo sonreía, eso es lo que hacía.

Me serené. Recordé el "F.E." y me animé y elaboré un plan perfecto en millonésimas de segundo.

- ¿Puede desglosarme la factura, si no le importa?

- ¡ Claro! -Su voz se enroncó, pero no perdió el tono amable de vendedor. - Son cien rigors el anillo...

- ¿Y los seis millones novecientos noventa y nueve mil novecientos restantes?

- Las clases.

- Pero no me dio opción a elegir...

- Pero las recibiste... -El lobo se enfurecía y saltó el mostrador.

- Le propongo un juego, una apuesta...

- ¡Nada de nada! Tú o no quieres pagar mi dinero o no tienes ni un chavo...

- No, no. Lo que ocurre es que quiero saber si es competente para dar clases de matemáticas...

- ¿Matemáticas? -el lobo rió- pero si yo te he enseñado...

- Yo pongo las reglas... Le hago dos preguntas y si las contesta me pongo a su disposición, y en caso contrario, deja irme, me deja libre de pagar.

- ¡De acuerdo! Me gusta el riesgo...

- Pondremos a su hija de juez.

El lobo la llamó y llena de luz apareció la figura hermosa de mi enamorada acompañada de su estupenda e inseparable amiga.

- ¿Qué quieres, Papá? Debemos irnos, ya veníamos a despedirnos, ya hemos hecho las maletas... -me sonrió y me acarició la barbilla.

- Es sólo un minuto, y te aseguro hija mía, que la carroza no partirá sin vosotras dos.

Le expliqué el reto, la apuesta y accedieron gustosas y les divertía la idea. Redactamos las reglas en mi LIBRETA AZUL ELECTRICO Y DE ESPIRAL DE ALAMBRE IMPERFECTO; suspiré y saqué el anillo de la cajita y lo escondí en mi puño.

- Primera pregunta corta...

- A ver...

Había expectación y tensión entre esa decoración rococó.

- ¿Cuál es el mínimo número de lados que tiene que tener un polígono?

- Tres. -Contestó con seguridad y se alegró, bailó y las testigos aplaudieron.

Luego, me puse a juguetear con el anillo esperando a que el lobo se fijara...

- Y, segunda pregunta corta... ¿Cuál es el número máximo de lados que tiene que tener un polígono?

No dijo nada. No pudo articular palabra y musitó "círculo, no..." Su realidad se desintegró porque perdió. Las dos chicas me miraron con mucho respeto y nos fuimos de la tienda cuando el joyero empezaba a disolverse. Eché mi mochila a la espalda y les di la mano a las chicas.

EN LA CALLE

En la calle gris, dos caballos relinchaban estornudos, el claxon de las carrozas elegantes. La del pelo blanco corrió a la portezuela y le dio los bultos al cochero. Mi enamorada me dijo mientras me palpaba el pecho:

- ¿Quieres venir?

No contesté. Seguí mi viaje. Guardé el anillo en un bolsillo y me confundió el tacto sobre mi pecho sensible, porque ¿cómo iba a declararme a esa mujer si tenía los dedos de las manos llenas de anillos?